

CAPITULO XI.

LAS INTRIGAS.

Sobre las cabezas de los girondinos, de aquella pléyade de hombres insignes y patriotas que tantas cosas geniales y generosas hicieron cuando la Revolución Francesa, cayeron infinitas calumnias. Se les llamó cómplices de los realistas, se les acusó de provocar la guerra civil, cuando la insurrección de la Vendée. Se dijo que pretendían salvar a Luis XVI y se llegó hasta imputarles el crimen de traición a la patria, afirmando que habían pedido la intervención de los ejércitos alemán e inglés.

Robespierre el frío, el cauteloso, el parco, el paciente, el íntegro, el incorruptible, lanzó sobre la Gironda los ataques más inicuos. Saint-Just, el inmutable, el acerado patriota, noble y recto, esgrimió todas sus armas en contra de los girondinos. Marat vomitó las más atroces virulencias contra ellos, y Dantón, ese monstruo de generosidad y de genio, puso también el formidable ariete de su palabra en contra de aquellos hombres casi divinos.

Todos los hombres influyentes de la época, como jauría hidrofóbica, precipitóse a morder y destrozarse el nombre y la vida de los girondinos. Se llamó ladrón a Roland, que era un Catón; traidor a Vergniaud, que era un santo maravilloso

por su patriotismo y por su talento; realista a Isnard, el hombre que había pedido la guerra contra aliados de Luis XVI, en un discurso apocalíptico que lo inmortalizó.

A Brissot, primer defensor de la República en los periódicos que iluminaba la luz de su cerebro, se le acusó de realista, y así, de igual manera, el absurdocayó, como ácido ignominiosamente corrosivo, sobre los nombres de aquellos hombres y así las más estupendas calumnias los llevaron al cadalso.

Más tarde, sobre Dantón, ciclópeo y viviente símbolo de la misma revolución, cayeron también montañas de calumnias y desatáronse, hasta matarlo, huracanes de intrigas.

En el trágico 93, la revolución francesa puede resumirse en tres palabras siniestras, en tres vocablos tenebrosos: ¡intrigas, denuncia y muerte!

Las intrigas mataron a Camille Desmoulins, el más sutil espíritu de la época; las intrigas mataron a la misma revolución aniquilando a los motores intelectuales que la engendraron y que le daban vida.

Pero es preciso advertir, y éste es el eje de nuestro razonamiento, que cuando Robespierre acusó de realista a la Gironda, creyó firmemente que la Gironda era realista, y este error, esta equivocación, de tan trágicos resultados, caracteriza a casi todas las denuncias de la época. Los hombres, temerosos de que su grande obra fuera destruída, llevaron su celo a un extremo en el cual desaparecían el discernimiento y la lógica. Obcecados, intrigaban contra el primero que les parecía sospechoso, calumniaban, apoyados en el más débil argumento o en la prueba más deleznable, y le cortaban la cabeza, sin piedad ni vacilación, a cualquiera, tan sólo porque otro cualquiera dictaba la sentencia. El in-

trigante de hoy era el intrigado de mañana; el verdugo del martes era la víctima del miércoles.

Tanta sangre y tanta injusticia aniquilaron a la revolución.

Los que acusaban hacíanlo siempre de buena fe, pero con punible ligereza. Aquella extrema intransigencia era buena, parecía la cruzada de la purificación revolucionaria; pero, colocados los hombres de aquella época tempestuosa en la peligrosa pendiente de las sospechas, resbalaron y cayeron en el abismo del crimen.

MORALEJA DE PRIMER AÑO.

Y aquellos hombres obraban de buena fe; considere el curioso lector de qué serán capaces aquellos que, faltos de aquel genio y de aquella honradez, se lancen por el peligroso camino de las intrigas y la calumnia.

NOS PASAMOS LA VIDA COMIENDO HOMBRES.

Un cablegrama publicado ayer en *El Pueblo* relata cómo los turcos de Armenia, después de asesinar, con éxito, una enorme cantidad de cristianos, venden sus carnes a los inocentes vecinos de las ciudades donde el comercio de cadáveres tiene lugar.

Aparte la inaudita profanación, el horrible acto es de una inconmensurable asquerosidad. Pero, a pesar de lo puerco que resulta el comer carne humana, me parece mucho peor comerse las reputaciones ajenas.

Entre los antropófagos que se comen las piernas de los hombres y los hombres que se comen el crédito de sus conciudadanos no sé cuáles son más abominables.

Si nos colocamos en un punto de vista muy alto, puede que resulte que el comer carne humana, ya que el hombre no es sino un mamífero cualquiera, es tan natural como el comer carne de res o de cerdo; pero juzgar ligeramente a gentes a quienes apenas conocemos, tachándolas de estúpidas porque un día dijeron una necedad, o de bellacas porque alguien nos dijo que lo eran, no sabemos dónde ni cuándo es criminal.

Y nosotros los mexicanos somos maestros en el arte de comernos a nuestros enemigos y compañeros. Jamás les reconocemos un mérito por pequeño que sea; no somos capaces de tributarles el más justiciero y pequeño elogio en su ausencia, y la envidia nos corroe porque estrenaron una corbata o porque no les ha salido *sarpullido*.

Nada más pequeño ni más vil que no reconocer los méritos de los otros. Quien no sabe, aun en su contra, hacer justicia al más grande de sus enemigos es un infeliz y puede considerarse definitivamente fracasado. Quien se siente se-

guro de sí mismo no tiene reparo en reconocer los los ajenos méritos. La vanidad bien entendida es la coraza de la envidia. El que ante un mérito extraño sabe sentir admiración, aunque no se reconozca dueño de esa cualidad, debe tener otras. Glosando a Tannyson, que dijo que era igualmente poeta el que escribía unos versos que el que sabía sentirlos, puede decirse que el que sabe admirar y respetar una grandeza algo de esa grandeza tiene.

Pero nosotros no entendemos ese admirable placer de seres superiores reconociendo la superioridad de otros, ejemplarmente expresada por Blasco Ibáñez cuando besó la mano de Emilio Zola. Para nosotros el que tiene cinco pesos más que nosotros, es un pillo; el que tiene más talento un bellaco; el que tiene más suerte un sinvergüenza; el que anda más limpio un mentecato.

Este vicio nuestro de comernos, espiritualmente, a los hombres es más criminal, porque no tenemos ni la disculpa de nuestro salvajismo, que el engullirnos tranquilamente un pie de critiano a la vinagreta.

La vida está hecha de jerarquías. Hay hombres grandes y pequeños; los hay útiles é inútiles; honrados y bellacos. La igualdad estricta es algo inalcanzable, porque está reñida con la esencia misma de la humanidad. Siempre habrá quien mande y quien obedezca, y el hombre que sabe reconocer que otro es superior a él, es ya un hombre fuerte que realiza el inmortal y definitivo: *CONDÈTE A TI MISMO.*

CAPITULO XII.

HA MUERTO UN HOMBRE.

Al leer este título, los papanatas callejeros dirán:

—«¿Cómo? ¿Ha muerto un hombre? ¿Y qué? Todos los días mueren muchos. Eso no tiene importancia.

No, señores: hombres no son todos. Los que andan por esas calles en dos pies son mamíferos o bípedos, o animales, sencillamente, pero no hombres, en la amplia, en la magnífica, en la augusta acepción de esta palabra.

Cuando Diógenes buscaba un hombre no buscaba uno de los comunmente llamados así, sino un HOMBRE, es decir, un ser superior, sin las frecuentes debilidades humanas, con entereza moral y con superioridad intelectual.

El hombre de que hablamos, el que acaba de morir, es un hombre y se llama Maclovio Herrera.

Maclovio Herrera, con quien no hablé jamás, y de quien hoy digo palabras elogiásticas porque ha muerto (porque yo siento vergüenza hasta en las plantas de los pies de elogiar a quienes pueden pagarme la loa, a los que viven y están en las cumbres del poder y del dinero) era sencillo, valiente y honrado.

¿Quieren ustedes más?

Maclovio Herrera, como el Vizconde de la Turenne, era un soldado completo, de grandes dotes estratégicas, en él innatas, y de un valor incommovible.

Maclovio Herrera era sencillo, sin desplantes ni en su persona ni en sus palabras; honrado hasta saber separarse del mismo corazón de la reacción donde Villa le ofrecía la luna, para cumplir con su deber.

A pesar de encontrarse rodeado de tentaciones y sugestiones de la reacción, a la hora decisiva, Maclovio Herrera, hombre duro, hombre recto y hombre sencillo, abandona a Villa y se lanza a la guerra por la justicia con idiosincrásico denuedo.

Maclovio Herrera, menguado de estatura, opaco de rostro, ayuno de cultura; pero ahito de patriotismo, acorazado de honradez y ebrio de justicia, atraviesa los desiertos con sus leales, y en cada sol que nace encuentra alientos nuevos para la lucha, y en cada ejército enemigo que combate, un acicate para sus cóleras y una prueba de lo necesario que resulta su bravo contingente para el exterminio de los traidores.

Maclovio Herrera combate así varios días inacabablemente. Sus ojos no se cansan de mirar el fuego de la metralla; sus oídos, impávidos, oyen el incesante cañoneo, sus piernas incansables cabalgan por los más abruptos caminos y su corazón de hombre patriota sigue inmutable la ruta del ideal.

A mí los hombres honrados que saben cumplir lisa y llanamente con su deber me conmueven y me asombran.

Conozco hombres que dan la mitad de su fortuna para que lo digan los periódicos; hombres heroicos para que se pregonen sus heroicidades y se arrojen flores al paso de sus corceles triunfadores; pero hombres patriotas, valientes y sencillos como Maclovio Herrera, conozco pocos, y, como Diógenes,

me ha parecido siempre tarea difícil encontrar un hombre.

Yo labraría la estatua de Maclovio Herrera de piedra y en lo alto de una roca, lejos de muchas pequenezas, y dura y sencilla, para que fuese inmune a las ventiscas y a los huracanes, como lo fué el bronceo corazón del austero soldado.

Maclovio Herrera ha muerto; era un hombre honrado y valiente. Para descubrirme, yo no necesito más.

IRONIAS DE LA MUERTE.

En los combates, junto a la muerte, el coronel Ramón Caracas alcanzó su alto grado.

Muchas veces, por la noche, cuando dormía tranquilo, lo despertaban con urgencia porque una fuerza zapatista amagaba a Orizaba. El coronel Caracas salía con sus hombres y batía a los reaccionarios. Junto al valiente jefe, los hombres caían muertos. La Intrusa paseaba triunfadora cercenando aquí y acullá cabezas de valientes. Las balas silbaban en los aires y el coronel Caracas, cansado pero incólume, volvía a su lecho.

El caso se repitió muchas veces, y las balas respetaron siempre al valiente soldado.

Pero hé aquí que cuando la lucha estaba por concluir; cuando el bravo coronel podía pensar en el descanso, viene una enfermedad vulgar y en unos cuantos días le arranca la vida.

Estas son las tremendas ironías de la negra deidad iniqua e insaciable.

Estos dolorosos ejemplos de las ironías de la muerte, deben reconfortarnos.

Es preciso que hagamos pronto lo que tengamos que hacer. Es necesario que digamos luego lo que tengamos que decir. Si hemos de escribir un libro, es preciso comenzarlo hoy mismo. Si hemos de plantar un árbol es necesario sembrar hoy mismo la semilla.

La muerte acecha; está ahí, muy cerca de nosotros. Nos mira, nos desea y sonrío segura de su triunfo.

Antes de que nos alcance hagamos algo bueno. Digámos algunas palabras claras; tributemos un homenaje de justi-

cia a alguien; besemos los labios amados; demos un hijo a nuestra Patria.

No sabemos la hora. Puede ser mañana, puede ser hoy.

El tiempo es indefinido. Trabajemos. Hagamos nuestra obra, grande o pequeña, pero que nuestro esfuerzo sea continuado y entusiasta. Es preciso tener la generosidad de legar algo a los nuestros. Algo, un consejo, un ejemplo, un metro de tierra o una convicción.

El coronel Caracas había combatido por la libertad. Esta es una herencia.

El que muere lo menos que puede legar a sus hijos es un nombre, y el nombre no se hereda, se hace.

CAPITULO XIII.

Este capítulo da, en mi sentir, la verdadera clave del extranjerismo. Marca un criterio justo y claro, según creo, en el debatido asunto.

YA NO TENEMOS EL EXCLUSIVISMO DE LA BARBARIE.

Muy particularmente los extranjeros se hacen lenguas por todas partes de la magnitud de nuestra barbarie. Los trenes asaltados crispan los nervios de los franceses supercivilizados; las voladuras de trenes indignan a los cultísimos alemanes, y los ingleses y los españoles, pontífices de la cultura, sienten náuseas cuando miran pasar una columna de soldados revolucionarios.

¡Qué bárbaros!, exclaman los hombres blancos de la vieja Europa cuando nuestros soldados morenos pasean por esas calles. Nuestro salvajismo es incomparable, nuestra crueldad y criminales refinamientos dignos del Africa.

Europa tiene la supremacía en todo: ningunos artistas son iguales a los suyos; los sabios de otros lugares siempre tienen que aprender de los que brillan en aquel continente. En todo era la primera, en todo, menos en barbarie, naturalmente

Para bárbaros nosotros. Si no que lo diga el interminable desfile de extranjeros que en fuga inacabable sale de

nuestro país por todos los puertos. (Temerosos de que las personas ingenuas no sorprendan la ironía que encierra esta frase, debo advertir que esta fuga de extranjeros no existe. Hablan horrores de nosotros, nos desean todos los males y desprecian nuestra moneda, pero no se marchan. Nos hacen el favor de tolerar nuestro salvajismo).

A pesar de nuestra bien ganada reputación de salvajes, nuestras minas que albergan en sus entrañas preciosos metales, no son consideradas como salvajes; nuestro petróleo suele también, por obra de la generosidad extranjera, no ser calificado de bárbaro. Los bárbaros somos nosotros, pero nuestros productos tienen un atractivo lleno de «educación» y «Kultur».

Estamos conformes con la compensación. Somos muy bárbaros, pero en nuestro territorio hay algunas cosas que no son tan bárbaras y las cuales han merecido que algunos europeos se «dignen» codiciarlas.

Pero hé aquí que la vieja Europa, envidiosa de que fuésemos dueños de un monopolio, aunque éste sea el de la barbarie, acaba de dividirse con nosotros, después de admirables esfuerzos, este privilegio, y ahora resulta, si las estadísticas y crónicas no mienten, que en materia de salvajismo Europa y nosotros estamos cuando menos «caballo a caballo.»

Y todavía salimos ganando, porque los extranjeros de México no deben considerar tan exagerado nuestro canibalismo cuando no abandonan la República. Porque una de tres: o no somos tan bárbaros, o los extranjeros no pueden marcharse porque en su país encontrarían lo mismo de que huyen, o bien, y esta es quizá la más fuerte razón, nuestra barbarie está ampliamente compensada con la riqueza «civilizadora» de nuestro suelo.

Los extranjeros (nos referimos a nuestros incansables destructores), están muy disgustados de nosotros, pero no nos dejan. En cambio las cantantes mexicanas Lucila Maldonado y Fanny Anitúa acaban de solicitar del señor Carranza les envíe lo necesario para huir de la barbarie europea !

Estas cantantes compatriotas nuestras estarán, gracias a la generosidad del Primer Jefe, dentro de muy poco en Veracruz. Ellas no pudieron soportar aquella barbarie y vuelven a su patria.

Y es natural, el salvajismo europeo no tiene la divina compensación del petróleo y de las minas. Allí el que no perece por la barbarie perfeccionada de los países conflagrados se muere de hambre; aquí el que no se muere por los tiros de los revolucionarios . . . se hace rico.

CAPITULO XIV.

EL ADVENIMIENTO DE LA JUSTICIA Y EL TRIUNFO DE LA JUSTICIA.

La justicia, pura, estricta, lata, no existe, porque la justicia es de una grandeza tal, que jamás los hombres alcanzarán toda su inconmensurable magnitud. Nosotros somos justos, dentro de las humanas relatividades. Para que los jueces cumplieren impecablemente con los preceptos de una justicia absoluta, sería preciso que estuviesen colocados en cumbres inaccesibles, lejos de todos los huracanes de la pasión, dueños de una serenidad plena; ahitos de una ilimitada serenidad. Ya lo dijo, conciso y evidente, Mauricio Maeterlik: «la justicia es la injusticia que se debe preferir a las otras.»

Pero la justicia, con todas sus relatividades, con las mayores o menores imperfecciones con que la visten los hombres, es algo divino. La mayor ponderación que se hace de Dios es decirles: Dios es la Justicia misma.

En las más caóticas sociedades; en los pueblos más primitivos; en más remotas islas, la Justicia tiene representantes. Las eternas desavenencias de los hombres encuentran quien formule una sentencia. Llámese Procónsul, cacique ó Juez de Paz, siempre tiene la humanidad en todos los climas alguien que, con mayor o menor arbitrariedad, resuelva los inacabables litigios de los turbulentos habitantes de la tierra.

De la justicia dimana la virtud. El hombre que sabe positivamente que sus afanes y sus méritos serán premiados, se esfuerza en perfeccionarse y trabaja con denuedo. El hombre bueno, generoso, humanitario, que ve escarnecidas sus virtudes acaba por despreciar, como inútiles, méritos a los que tan poca justicia saben rendir. Si Yago hubiese encontrado un tribunal que oyera su demanda, que lo vengase de la afrenta recibida y que le diera el cargo merecido, quizá no urdiera la pérfida intriga que apretó las negras manos de Otelo sobre el cuello blanco de Desdémona.

La mayor o menor armonía de los hombres descansa en la más o menos exacta aplicación de la justicia. Y la Justicia como deidad, está en todas partes, dividida en partículas. Todos podemos ser justos ó injustos; el último mendigo es, en muchas ocasiones pequeñas, un agente de la justicia. En la organización antigua o moderna, que no es sino una serie concéntrica de círculos que se llaman jerarquías, el padre es el primer Juez, hasta llegar al Primer Magistrado, centro del último círculo y postrer recurso en los humano litigios.

La justicia tiene tal grandeza y tal importancia que, cuando se quiere hiperbolizar la virtud de un hombre, se le llama un varón justo. Dantón en su época de mayor preponderación, cuando todos los hilos de la formidable máquina revolucionaria estaban en sus manos, pidió y obtuvo el Ministerio de Justicia, como el más humano y trascendental.

La revolución constitucionalista es ella misma, por su propia esencia, una gran justicia. No es juez ni tribunal: es la justicia misma. Largos años de oprobio y privilegios amontonaron montañosamente injusticias grandes y pequeñas. La arbitrariedad más desenfundada acumuló en todas partes la injusticia. Y entonces la justicia, fieramente, se

levantó como un ciclón para arrojar muy lejos tanta ignominia.

La traición de Huerta coronó la obra del primer tirano, y los revolucionarios, ahitos de infamia, tomaron en sus manos fuertes la gran espada flamígera y allá va por los caminos, desmelenada y trágica, la imagen misma de la justicia.

Pero como «es la injusticia que se debe preferir a las otras,» la revolución no pudo, en su natural imperfección, ser justa en todo, y, obcecada, en medio de la metralla y de la muerte, por conquistar la justicia mayor, descuidó la más pequeña. Dió al campesino libertad y no supo resolver si él o su comadre tenían razón al discutir la propiedad de un cerdo.

Los primeros tiempos de la revolución han tenido la esencial característica de todo gran sacudimiento social: un desordenado entusiasmo.

La revolución, como un gigante, iba por los pueblos envuelta en una bandera, y era tal el polvo del camino, tantos los muertos, tan formidable el incendio y tan estruendoso el rugir del cañón, que no pudo ver ni oír las cosas secundarias.

La gran injusticia le ocultó temporalmente las pequeñas.

Pero Carranza, que es un varón justo, esperó que pasaran las primeras terribles convulsiones y ahora que hay Estados donde reinan la tranquilidad y el orden, ha comenzado ha establecer los tribunales civiles y penales. La revolución no sólo mira ya la gran injusticia: las pequeñas llegan también a sus ojos. Los hombres pacíficos y trabajadores no estarán ya sujetos a la decisión de un jefe militar, algunas veces apasionado por su misma sinceridad revolucionaria.

Al pasar la gran máquina de la justicia a manos doctas y honradas, la revolución da un gran paso: prueba que hay un gran espíritu directriz que sabe organizarla y que al conver-

tirse en Gobierno sabe cuán sagradas son la propiedad y la vida.

En cada lugar donde se hace la paz, el Gobierno constitucionalista pone un juez y un maestro. ¿Qué más puede pedir un hombre? Para el presente tiene todas sus libertades y una justicia que le dará todo lo que le corresponda; para el mañana tiene la escuela donde su hijo se formará para el porvenir.

Una máquina para corregir las injusticias y otra, más admirable y más alta para perfeccionar a los hombres, para enseñarlos, no a castigar las injusticias, sino a no cometerlas.

EL ULTIMO RESELLO DE LOS MAGISTRADOS Y JUECES DE LA CIUDAD DE MEXICO.

Ninguno de los hombres de la presente generación conocimos un solo juez justo, un magistrado recto o un tribunal equitativo. En los dominios de la irrefutable verdad se encuentra el hecho de que la justicia fué sistemática y continuamente violada por todos los encargados de administrarla, durante los inolvidables tiempos dictatoriales.

No se perdían los pleitos cuando el contrario era un hombre de influencia o de poder, sino cuando podía disponer de más dinero. Muchas sentencias fueron dictadas en justicia, pero en virtud del fuerte donativo pagado por el pleitista, a quien no bastó la razón, así como le hubiese sobrado ésta si le faltara el dinero.

El último juez del último pueblo traficó con la justicia. El más insignificante comisario negoció la libertad. Así fué cómo la justicia alcanzó una prostitución no comparable ni a la que sufriera bajo el gobierno superlativamente despótico del Consejo de los Diez. En Venecia, en aquel entonces, la

dirección de un proceso se torcía siempre en favor del patrio, pero, cuando el litigio era entre dos campesinos, solía darse la razón al que la tenía. Bajo la dictadura, perdió siempre el que no supo dar el dinero con tino y prodigalidad, así como le hubiese sobrado ésta si le faltase dinero.

Cuando el Gobierno Constitucionalista llegó a la ciudad de México, la festinación, al integrar los tribunales, hizo escoger a la mayoría de los nuevos magistrados entre los antiguos jueces, y hé aquí que la justicia volvió a quedar en las mismas viejas manos prevaricadoras que tanto habían ultrajado su pureza.

Circunstancias de orden militar obligan al Gobierno Constitucionalista a abandonar a México y los «antiguos jueces» de la «nueva época» quédanse en la ciudad gozando de sus pachorrudas costumbres, envueltos en sus confortables «*COIN DE FEU*,» calzadas las amplias babuchas y comiéndose las límpidas economías de sus pasados «*CHANCHULLOS*.» Así esperaron en la molicie de su «bien pasar» el advenimiento de la Convención, que llegó a México con las apariencias de una estabilidad indiscutible.

Llegó la Convención, y, para fortalecerse, dió reaccionarias muestras de transigencia, una de las cuales fué la de reconocer a los antiguos Jueces y Magistrados a quienes se restableció en sus pasados cargos, donde siguieron ejerciendo, con la desesperante lentitud que siempre les fué característica, la injusticia más perfecta.

Revalidados así por nuevos y efímeros mandatarios, los jueces siguieron en circulación de la misma manera que los billetes.

Al amanecer de un día soleado y magnífico, el general Eulalio Gutiérrez huye, en un rasgo de honradez digna de encomio, y la Convención Bis, o la Convención Sucesores, diligen-

temente, con calzados representantes, hace una nueva revalidación de magistrados, tan fraudulenta como la de billetes que anda por ahí y los muelles juristas siguen cobrando sueldo y repartiendo, CON TODOS LOS TRAMITES DE LA LEY, la más injusta de las injusticias.

Los gobiernos se cambian. A Don Eulalio Gutiérrez sucede el pobre de Roque; a Roque, Lagos Cházaro, y los billetes fraudulentos y revalidados siguen su curso, y los magistrados revalidados el suyo, hacia la cumbre de la más pura injusticia.

Un día, don Pablo González llega, y nuevamente el constitucionalismo entra en la ciudad de México. Los jueces y magistrados se hacen los zorros y, como quien no tiene sobre su conciencia ni la sombra de una culpa, siguen tranquilamente frente a las mesas trágicas donde tantos crímenes se han cometido. Las necesidades de la campaña obligan, en muy cortos días, al Ejército Constitucionalista dejar nuevamente la Capital. Pero, será de nuevo ocupada muy pronto, y para entonces, preguntamos nosotros, ¿serán nuevamente REVALIDADOS estos nocivos agentes del eterno descontento público? Bien que se conserve en sus antiguos cargos a empleados de poca monta, porque son más desgraciados que perversos y porque «las ruedas son siempre ruedas»; pero a estos señores llenos de artimañas, de cábalas y de vicios a quienes tantas veces REVALIDARON gobiernos esencialmente reaccionarios, ¿cómo resellarlos una vez más, si con esa simple REVALIDACION no han de quedar berradas sus pasadas faltas ni destruída su acomodaticia condición de pirueteros venales y egoístas?

—No. Nada, como ese gremio, pertenece al pasado. Esos magistrados y esos jueces tienen todos los vicios del ayer ignominioso. Necesitamos hombres que no tengan del pasado sino

el vergonzoso recuerdo y que miren resueltamente al porvenir.

El último resello puesto a los Magistrados y jueces de México debe ser idéntico al que la Secretaría de Hacienda puso sobre los billetes revalidados: carecen de valor. Aquí el sutil sentido del lector puede poner a la palabra valor todos los significados que quiera.